

El rastro perdido de los desaparecidos

“Un pedazo del alma no se reemplaza”

REDACCIÓN JUDICIAL

El ex juez de la República Enrique Rodríguez Hernández lleva 20 años esperando a su hijo Carlos Augusto Rodríguez Vera, quien en la mañana del 6 de noviembre de 1985 salió de su casa a cumplir con su responsabilidad laboral como administrador de la cafetería del Palacio de Justicia y no regresó nunca. Su rastro se perdió en la niebla de los oscuros vericuetos que se derivaron durante el holocausto del Palacio de Justicia.

La economista Cecilia Cabrera también se quedó aguardando su retorno a casa. Ese 6 de noviembre despidió a Carlos Augusto y acordaron encontrarse a la hora del almuerzo. Nunca pudo ingresar al Palacio de Justicia. Sólo lo hizo el viernes 8, cuando un miembro del B-2 del Ejército le permitió llegar hasta la cafetería. Todo lo encontró en desorden. La caja estaba saqueada. Únicamente encontró el carné de su esposo.

Alejandra Rodríguez no conoció a su padre. Ese mismo 6 de noviembre tenía 35 días de nacida. Por eso su mamá Cecilia prefirió quedarse en casa a cuidarla. Ella creció ajena a la tragedia de su familia. Sus parientes optaron por mantenerla alejada de los recuerdos más amargos. Hoy tiene 20 años, ya sabe lo que pasó con su papá Carlos Augusto, pero prefiere no ver

los videos del Palacio de Justicia, porque no sabe qué pensar.

Desde hace 20 años, padre, esposa e hija conviven con el mismo dolor, el de no saber qué sucedió con Carlos Augusto Rodríguez, para entonces un joven estudiante de derecho que llevaba cuatro meses administrando la cafetería del Palacio de Justicia y desapareció el día del holocausto. El mismo destino de otras diez personas que fueron vistas vivas en el Palacio de Justicia, pero tampoco regresaron nunca a sus hogares.

Al tiempo que Cecilia Cabrera buscaba alguna señal de vida en el Palacio, Enrique Rodríguez logró que en Medicina Legal le permitieran revisar los 92 cadáveres que allí fueron llevados. Ninguno logró encontrar a Carlos Augusto. Escribieron cartas a todas las autoridades de la época, publicaron avisos de prensa, rastrearon en cementerios, basureros, cárceles y asilos para enfermos. Tampoco fue posible algún indicio de su destino.

En cambio se sumaron a la tragedia de las otras familias. De José Guarín, que averiguaba el paradero de su hija Cristina, quien cumplía labores como cajera de la cafetería y nunca se enteró de la noticia que la esperaba en casa: su beca para España había sido aprobada. De Elvira de Esguerra, quien no entendía por qué su hija Norma Constanza entró el Palacio a dejar un reca-

HERMINIO RUIZ - EL ESPECTADOR
Alejandra Rodríguez, Cecilia Cabrera y Enrique Rodríguez: hija, esposa y padre de Carlos Augusto Rodríguez Vera, desaparecido en el Palacio de Justicia.

do de pasteles y lo único que devolvieron de ella fue la chequera.

De 11 familias que decidieron unirse para no sucumbir a la desaparición de sus hijos. Por eso le otorgaron poder al abogado Eduardo Umaña para que los representara, demandaron a la Nación por los errores del Estado y se repartieron tareas para seguir buscando en batallones, oficinas públicas, plazas de mercado, todos los sitios donde alguien les dijo que podían estar los desaparecidos del ho-

locausto del Palacio de Justicia.

“No descansaré un solo día de mi vida hasta esclarecer qué pasó con mi hijo. Era un hombre jovial, enamorado del derecho, ajeno a la política”, comentó Enrique Rodríguez, quien persistió como un guerrero en su empeño, y apenas en julio de 1993 logró su primera pero pírrica victoria: el Tribunal Administrativo de Cundinamarca condenó a la Nación por la desaparición de su hijo Carlos.

La misma decisión que ordenó in-

demnizar a las otras familias que sufrieron el mismo drama. Pero la lucha no cesó. Después de dos intentos fallidos, en enero de 1999 la Fiscalía ordenó exhumar los cuerpos que habían sido enterrados en una fosa común del Cementerio del Sur. Meses después, por pruebas de ADN, se constató que los restos mortales de Ana Rosa Castiblanco, otra de las desaparecidas del Palacio, estaban en la fosa.

Pero nada se supo de Carlos Rodríguez. Hoy, al cumplirse 20 años del holocausto, Cecilia Cabrera y su hija Alejandra guardan en su memoria las versiones, al tiempo que Enrique Rodríguez sigue creyendo que algo de verdad tuvo el desechado testimonio de un ex agente de inteligencia que denunció ante la Procuraduría que Rodríguez fue llevado a una unidad militar tras una orden: “Me lo trabajan y cada dos horas me dan informe”.

Cierto o no, nadie lo ha confirmado. Escasamente queda la esperanza de que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA promueva alguna acción esclarecedora. Entre tanto, Enrique Rodríguez, fortalecido por su inagotable ansiedad por la verdad y rejuvenecido por los progresos académicos de su nieta, tiene claro un argumento contundente: “Nunca dejaré de tocar puertas, porque un pedazo del alma jamás se reemplaza”.